

mos á aquéllas 18, más 1, valor -de las unidades, = 19; pero como se le agregan 5, nos quedan 14, que á 21 van 7, resultado igual al anterior. Lo mismo para con el número 28 y con cualquier otro número que sea divisible por 7.

Aunque las operaciones que se ejecutan con los números 2 y 9 de la regla que hemos establecido para el carácter de divisibilidad por 7, sean diferentes á la aplicación de la misma regla con el número 5, en el fondo son iguales, pues en ambas se convierten las decenas en unidades simples.

Enero de 1908.

BRUNO RESTREPO HERNÁNDEZ

ALMA

I

Á MI MADRE

Yo tengo una capilla
de todos ignorada;
una santa capilla donde guardo
los recuerdos de mi alma.
Allí el frescor alegre
de mi niñez lejana,
las horas de ventura
que fáciles resbalan,
las horas de un minuto,
las horas de esperanza.
Allí el cesto de rosas,
que la ilusión forjara,
mis amores difuntos
y mis glorias soñadas.
Cuando una nueva herida,
del mundo en la batalla,
debilita mis fuerzas
y mi valor quebranta;

cuando la vida pesa,
cuando es triste y amarga,
cuando nada me dicen
los pájaros que cantan,
ni la estrella que brilla,
ni la nube que pasa,
ni la flor primorosa
que á los ojos regala;
cuando todo es tinieblas,
cuando todo son ansias,
mis pasos encamino
á la capilla santa
y en ella encuentro alivio,
y en ella encuentro calma.
Que es bálsamo que cura mis dolores
el beso de mi madre idolatrada.

II

Á MI PADRE

Recuerdo los gratos días
de mi inocencia lejana:
aquellas tardes hermosas,
aquellas frescas mañanas,
aquella dulce alegría
que desbordando del alma
brotaba de nuestros labios
cual risueña catarata,
ó asomaba á nuestros ojos
como el sol, que hiriendo el alba
atravesaba sus cendales
con saetas de oro y plata.
Tú eras joven, vigoroso;
negros rizos, lo que hoy canas;
las arrugas, terso cutis;
tus tristezas, esperanzas.

En las alas de las horas
huyó breve la bonanza,
como en el viento las notas
vibran, se extinguen y pasan....
¡ Cuántos seres adorados,
encanto de nuestra casa,
robó la muerte al cariño
intenso de nuestras almas !
Mientras nosotros seguimos
con la abrumadora carga,
en la perenne faena
de la vida atribulada,
donde por cada alegría
se vierten mares de lágrimas,
en el seno de la muerte
ellos dichosos descansan !.....
¡ Oh recuerdos adorados
de mi bendecida infancia !
¡ Hermosas tardes sin nubes !
Frescas y lindas mañanas,
claridades del espíritu
que ninguna sombra empaña,
sonrisa de la existencia
que en espléndida alborada
ama el pájaro que vuela,
ama la nube que pasa
y puede poner su limpia
conciencia por almohada
en la cuna donde vela
el santo Angel de la Guarda !.....
¡ Cómo lloro al recordaros,
dulces horas de mi infancia !

AQUILEO J. ECHEVERRIA (1)

(1) Del libro titulado *Conchertías*—San José de Costarrica—1905.